

diferencia de renta entre el 20% de la población mundial, que vive en los países más ricos y el 20% que vive en los más pobres, arrojaba una proporción de 74 a 1 en 1997, por encima del 60 a 1 en 1990 y del 30 a 1 en 1960^[22]». Aunque hay excepciones a esta tendencia pues varios países del este y del sureste de Asia hasta el momento han mantenido las desigualdades en la renta dentro de límites razonables, como también ha ocurrido en Francia, las evidencias indican contundentemente que el giro neoliberal se encuentra en cierto modo, y en cierta medida, ligado a la restauración o a la reconstrucción del poder de las elites económicas.

Por lo tanto, la neoliberalización puede ser interpretada bien como un proyecto *utópico* con la finalidad de realizar un diseño teórico para la reorganización del capitalismo internacional, o bien como un proyecto *político* para restablecer las condiciones para la acumulación del capital y restaurar el poder de las elites económicas. En las páginas que siguen, argumentaré que en la práctica el segundo de estos objetivos ha sido dominante. La neoliberalización no ha sido muy efectiva a la hora de revitalizar la acumulación global de capital pero ha logrado de manera muy satisfactoria restaurar o, en algunos casos (como en Rusia o en China), crear el poder de una elite económica. En mi opinión, el utopismo teórico del argumento neoliberal ha funcionado ante todo como un sistema de justificación y de legitimación de todo lo que fuera necesario hacer para alcanzar ese objetivo. La evidencia indica, además, que cuando los principios neoliberales chocan con la necesidad de restaurar o de sostener el poder de la elite, o bien son abandonados, o bien se tergiversan tanto que acaban siendo irreconocibles. Esto no supone en absoluto negar el poder de las ideas para actuar como una fuerza de transformación histórico-geográfica. Pero, en efecto, apunta a una tensión creativa entre el poder de las ideas neoliberales y las prácticas reales de la neoliberalización que han transformado el modo en que el capitalismo global ha venido funcionando durante las últimas tres décadas.

El ascenso de la teoría neoliberal

El neoliberalismo en tanto que antídoto potencial para las amenazas al orden social capitalista y como solución a los males del capitalismo, había permanecido latente durante largo tiempo bajo las alas de la política pública. Un grupo reducido y exclusivo de apasionados defensores —principalmente economistas, historiadores y filósofos del mundo académico— se había aglutinado alrededor del renombrado filósofo político austríaco Friedrich von Hayek para crear la **Mont Pelerin Society** (su nombre proviene del balneario suizo donde se celebró la primera reunión del grupo) en 1947 (entre los notables del grupo se encontraban Ludwig von Mises, el economista Milton Friedman e incluso, durante un tiempo, el filósofo Karl Popper). La declaración fundacional de la sociedad decía lo siguiente:

Los valores centrales de la civilización están en peligro. Sobre grandes extensiones de la superficie del planeta las condiciones esenciales de la dignidad y de la libertad humana ya han desaparecido. En otras, están bajo constante amenaza ante el desarrollo de las tendencias políticas actuales. La posición de los individuos y los grupos de

adscripción voluntaria se ve progresivamente socavada por extensiones de poder arbitrario. Hasta la más preciada posesión del hombre occidental, su libertad de pensamiento y de expresión, está amenazada por el despliegue de credos que, reclamando el privilegio de la tolerancia cuando están en situación de minoría, procuran solamente establecer una posición de poder desde la cual suprimir y obliterar^[23] todas las perspectivas que no sean la suya. El grupo sostiene que estos desarrollos se han nutrido de la propagación de una visión de la historia que rechaza toda pauta moral absoluta y por el crecimiento de teorías que cuestionan la deseabilidad del imperio de la ley. Sostiene adicionalmente que se han visto estimulados por la declinación de la fe en la propiedad privada y en el mercado competitivo; por cuanto sin el poder difuso y la iniciativa asociados a estas instituciones, es difícil imaginar una sociedad en la cual la libertad pueda ser efectivamente preservada^[24].

Los miembros del grupo se describían como «liberales» (en el sentido europeo tradicional) debido a su compromiso fundamental con los ideales de la libertad individual. La etiqueta neoliberal señalaba su adherencia a los principios de mercado libre acuñados por la economía neoclásica, que había emergido en la segunda mitad del siglo XIX (gracias al trabajo de Alfred Marshall, William Stanley Jevons, y Leon Walras) para desplazar las teorías clásicas de Adam Smith, David Ricardo y, por supuesto, Karl Marx. No obstante, también se atenían a la conclusión de Adam Smith de que la mano invisible del mercado era el mejor mecanismo para movilizar, incluso, los instintos más profundos del ser humano como la glotonería, la gula y el deseo de riqueza y de poder en pro del bien común. Así pues, la doctrina neoliberal se oponía profundamente a las teorías que defendían el intervencionismo estatal, como las de John Maynard Keynes, que ganaron preeminencia en la década de 1930 en respuesta a la Gran Depresión. Después de la Segunda Guerra Mundial, muchos de los responsables políticos miraron hacia el faro de la teoría keynesiana en su búsqueda de fórmulas para mantener bajo control el ciclo económico y las recesiones. Los neoliberales se oponían aún más fieramente a las teorías en torno a la planificación estatal centralizada, como las propuestas por Oscar Lange, cuya obra se aproximaba a la tradición marxista. Las decisiones estatales, argüían, estaban condenadas a estar sesgadas políticamente en función de la fuerza de los grupos de interés implicados en cada ocasión (como podían ser los sindicatos, las organizaciones ecologistas, o los grupos de presión empresariales). Las decisiones estatales en materia de inversión y de acumulación de capital siempre habrían de ser erróneas porque la información disponible para el Estado no podía rivalizar con la contenida en las señales del mercado.

Este marco teórico no es, tal y como varios analistas han señalado, enteramente coherente^[25]. El rigor científico de su economía neoclásica no encaja fácilmente con su compromiso político con los ideales de la libertad individual, al igual que su supuesta desconfianza hacia todo poder estatal tampoco encaja con la necesidad de un Estado fuerte y si es necesario coactivo que defienda los derechos de la propiedad privada y las libertades individuales y empresariales. La ficción jurídica de definir a las corporaciones como individuos ante la ley introduce sus propios prejuicios, haciendo parecer irónico el credo personal de John D. Rockefeller que se encuentra grabado en piedra en el Rockefeller Center en Nueva York y que afirma que él coloca

«el valor supremo del individuo» por encima de todo lo demás. Y, tal y como veremos, hay suficientes contradicciones en la postura neoliberal como para tornar las prácticas mutantes del neoliberalismo (frente a cuestiones como el poder monopólico y los fallos del mercado) irreconocibles en relación a la aparente pureza de la doctrina neoliberal. Por lo tanto, debemos prestar una cuidadosa atención a la tensión entre la teoría del neoliberalismo y la pragmática actual de la neoliberalización.

Hayek, autor de textos cruciales como *The Constitution of Liberty*^[26], revelaba poseer unas grandes dotes adivinatorias al afirmar que la batalla por las ideas era determinante y que posiblemente llevaría al menos una generación ganarla, no sólo contra el marxismo sino también contra el socialismo, la planificación estatal y el intervencionismo keynesiano. El grupo de Mont Pelerin recabó apoyos financieros y políticos. En Estados Unidos, en particular, un poderoso grupo de individuos ricos y de líderes empresariales rabiosamente contrarios a todas las formas de intervención y de regulación estatal existentes, incluso al internacionalismo, pretendía organizar la oposición a lo que percibían como un emergente consenso para lograr una economía mixta. Temerosos de que la alianza con la Unión Soviética y la economía dirigida forjada en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial pudiera materializarse políticamente en un escenario posbélico, estaban dispuestos a abrazar cualquier cosa, desde el macartismo hasta los *think-tanks* neoliberales, para proteger y reforzar su poder. No obstante, este movimiento permaneció en los márgenes de la influencia tanto política como académica hasta los turbulentos años de la década de 1970. En ese momento, comenzó a adquirir protagonismo, particularmente en Estados Unidos y Gran Bretaña, con la ayuda de varios *think-tanks* generosamente financiados (ramificaciones de la Mont Pelerin Society, como el Institute of Economic Affairs en Londres y la Heritage Foundation en Washington) así como también, a través de su creciente influencia dentro de la academia, en particular en la Universidad de Chicago, donde dominaba Milton Friedman. La teoría neoliberal ganó respetabilidad académica gracias a la concesión del Premio Nóbel de Economía a Hayek en 1974 y a Friedman en 1976. Este particular premio, aunque asumió el aura del Nóbel, no tenía nada que ver con los otros premios y fue concedido bajo el férreo control de la elite bancaria sueca. La teoría neoliberal, especialmente en su guisa monetarista, comenzó a ejercer una influencia práctica en una variedad de campos políticos. Durante la presidencia de Carter, por ejemplo, la desregulación de la economía emergió como una de las respuestas al estado de estanflación crónica que había prevalecido en Estados Unidos durante toda la década de 1970. Pero la espectacular consolidación del neoliberalismo como una nueva ortodoxia económica reguladora de la política pública a nivel estatal en el mundo del capitalismo avanzado, se produjo en Estados Unidos y en Gran Bretaña en 1979.

En mayo de aquél año, Margaret Thatcher fue elegida en Gran Bretaña con el firme compromiso de reformar la economía. Bajo la influencia de Keith Joseph, un

publicista y polemista muy activo y comprometido que poseía conexiones muy influyentes con el neoliberal Institute of Economic Affairs, aceptó que el keynesianismo debía ser abandonado y que las soluciones monetaristas de las doctrinas «dirigidas a actuar sobre la oferta» eran esenciales para remediar la estanflación que había caracterizado la economía británica durante la década de 1970. Thatcher se dio cuenta de que estas medidas suponían nada menos que una revolución en las políticas fiscales y sociales, y de manera inmediata mostró una feroz determinación para acabar con las instituciones y los canales políticos del Estado socialdemócrata que se había consolidado en Gran Bretaña después de 1945. Esto implicó enfrentarse al poder de los sindicatos, atacar todas las formas de solidaridad social que estorbaban a la flexibilidad competitiva (como las expresadas a través de la forma de gobierno municipal, y también al poder de muchos profesionales y de sus asociaciones), desmantelar o revertir los compromisos del Estado de bienestar, privatizar las empresas públicas (entre ellas, la vivienda social), reducir los impuestos, incentivar la iniciativa empresarial y crear un clima favorable a los negocios, para inducir una gran afluencia de inversión extranjera (en concreto, proveniente de Japón). En una famosa declaración, Thatcher afirmó que no había «eso que se llama sociedad, sino únicamente hombres y mujeres individuales»; seguidamente ella añadió, y sus familias. Todas las formas de solidaridad social iban a ser disueltas en favor del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal y los valores familiares. El asalto ideológico alrededor de estas hebras que atravesaban la retórica de Thatcher fue incesante^[27]. «La economía es el método», señaló, «pero el objetivo es cambiar el alma». Y la hizo cambiar, aunque de formas que en ningún caso fueron exhaustivas ni acabadas, y mucho menos carente de costes políticos.

En octubre de 1979, el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos durante el mandato del presidente Carter, Paul Volcker, maquinó una transformación de la política monetaria estadounidense^[28]. El antiguo compromiso del Estado liberal demócrata estadounidense con los principios del New Deal, que en términos generales implicaba políticas fiscales y monetarias keynesianas que tenían el pleno empleo como objetivo primordial, fue abandonado para ceder el paso a una política concebida para sofocar la inflación con independencia de las consecuencias que pudiera tener sobre el empleo. El tipo de interés real, que a menudo había sido negativo durante la cresta inflacionaria de dos dígitos de la década de 1970, se tornó positivo por orden de la Reserva Federal. (Ver Figura^[1.5] *El shock de Volcker: movimientos en los tipos de interés reales en Estados Unidos y Francia, 1960-2001*). El tipo de interés nominal subió de un día para otro y, tras oscilaciones benignas, en julio de 1981 se mantuvo en torno al 20%. De este modo, comenzó «una larga y profunda recesión que vaciaría las fábricas y resquebrajaría los sindicatos en Estados Unidos y llevaría al borde de la insolvencia a los países deudores, iniciándose la larga era del ajuste estructural^[29]». En opinión de Volcker, ésta era la única salida a la

incómoda crisis de estanflación que había caracterizado a Estados Unidos y a gran parte de la economía global a lo largo de toda la década de 1970.

El *shock* de Volcker, tal y como vino a denominarse desde entonces, ha de ser interpretado como una condición necesaria pero no suficiente de la neoliberalización. Algunos bancos centrales habían hecho hincapié desde hacía largo tiempo en la responsabilidad fiscal antiinflacionaria, y habían adoptado políticas más próximas al monetarismo que a la ortodoxia keynesiana. En el caso de Alemania Occidental esto se derivaba del recuerdo histórico de la hiperinflación que había destruido la República de Weimar en la década de 1920 (disponiendo el escenario para el ascenso del fascismo) y de la igualmente peligrosa inflación que se registró al final de la Segunda Guerra Mundial. El FMI se había posicionado desde hacía mucho tiempo en contra del endeudamiento excesivo y urgía, cuando no ordenaba, a los Estados clientes, a ejecutar políticas de restricción fiscal y de austeridad presupuestaria. Pero en todos estos casos este monetarismo era simultáneo a la aceptación de un fuerte poder sindical y del compromiso político con la construcción del Estado de bienestar. El giro hacia el neoliberalismo dependía, por lo tanto, no sólo de la adopción del monetarismo sino del despliegue de políticas gubernamentales en muchas otras áreas.

La victoria de Ronald Reagan sobre Carter en 1980 se reveló crucial, si bien Carter se había desplazado de manera inquietante hacia la desregulación (de las líneas aéreas y del transporte por carretera) como una solución parcial a la crisis de estanflación. Los consejeros de Reagan estaban convencidos de que la «medicina» monetarista de Volcker para una economía enferma y estancada, era un tiro directo al blanco. Volcker recibió el apoyo del nuevo gobierno y fue renovado en su cargo como presidente de la Reserva Federal. La Administración de Reagan proporcionó entonces el indispensable apoyo político mediante una mayor desregulación, la rebaja de los impuestos, los recortes presupuestarios y el ataque contra el poder de los sindicatos y de los profesionales. Reagan se mostró implacable y contundente con la Organización de Controladores Profesionales del Tráfico Aéreo (PATCO) en la prolongada y amarga huelga que protagonizaron en 1981. Esta actitud anunciaba el asalto en toda regla a los derechos de la fuerza de trabajo organizada en el preciso momento en el que la recesión inducida por Volcker estaba generando elevados niveles de desempleo (10% o más). Pero PATCO era más que un vulgar sindicato ya que, en efecto, se trataba de un sindicato de cuello blanco con el carácter de asociación de profesionales cualificados. Por lo tanto, era más un icono de la clase media que del sindicalismo obrero. El impacto sobre la condición de la fuerza de trabajo en general fue espectacular; quizá el mejor ejemplo de la nueva situación lo condensa el hecho de que el salario mínimo federal, que se mantenía parejo con el nivel de pobreza en 1980, había caído un 30% por debajo de ese nivel en 1990. El prolongado descenso en los niveles del salario real comenzó entonces en serio. (Ver Figura^[1.6] *El ataque a la fuerza de trabajo: salarios reales y productividad en Estados Unidos, 1960-2000*).

Los nombramientos efectuados por Reagan para ocupar los cargos de poder en materias relativas a la regulación del medioambiente, la seguridad laboral o la salud, llevaron la ofensiva contra el gran gobierno a niveles nunca antes alcanzados. La política de desregulación de todas las áreas, desde las líneas aéreas hasta las telecomunicaciones y las finanzas, abrió nuevas zonas de libertad de mercado sin trabas a fuertes intereses corporativos. Las exenciones fiscales a la inversión fueron, de hecho, un modo de subvencionar la salida del capital del nordeste y del medio oeste del país, con altos índices de afiliación sindical, y su desplazamiento hacia la zona poco sindicalizada y con una débil regulación del sur y el oeste. El capital financiero buscó cada vez más en el extranjero mayores tasas de beneficio. La desindustrialización interna y las deslocalizaciones de la producción al extranjero, se hicieron mucho más frecuentes. El mercado, representado en términos ideológicos como un medio para fomentar la competencia y la innovación, se convirtió en un vehículo para la consolidación del poder monopolista. Los impuestos sobre las empresas se aminoraron de manera espectacular y el tipo impositivo máximo para las personas físicas se redujo del 70 al 28% en lo que fue descrito como «el mayor recorte de los impuestos de la historia». (Ver Figura^[1.7] *La revuelta impositiva de las clases altas: tipo a impositivos en Estados Unidos para el tramo más alto y para el tramo más bajo*).

Y así fue como comenzó el cambio trascendental hacia una mayor desigualdad social y hacia la restitución del poder económico a las clases altas.

Sin embargo, acaeció otro cambio concomitante que también impelió el movimiento hacia la neoliberalización durante la década de 1970. La subida del precio del petróleo de la OPEP que sucedió a su embargo en 1973, otorgó un enorme poder financiero a los Estados productores de petróleo, como Arabia Saudita, Kuwait y Abu Dhabi. Gracias a los informes de los servicios de inteligencia británicos, ahora sabemos que Estados Unidos estuvo preparando activamente la invasión de esos países en 1973 en aras a restaurar el flujo de petróleo y provocar una caída de los precios. Igualmente, sabemos que en aquellos momentos los saudíes aceptaron, presumiblemente bajo presión militar sino a consecuencia de una abierta amenaza por parte de Estados Unidos, reciclar todos sus petrodólares a través de los bancos de inversión de Nueva York^[30]. Estos últimos se encontraron de pronto al mando de una cantidad ingente de fondos para los que necesitaban encontrar salidas rentables. Las opciones dentro de Estados Unidos, dadas las condiciones de depresión económica y las bajas tasas de beneficio que se registraban a mediados de la década de 1970, no eran halagüeñas. Las oportunidades más ventajosas debían buscarse en el exterior. Los gobiernos se presentaban como la apuesta más segura porque, tal y como Walter Wriston, presidente de Citibank, lo expresó en su ya famosa declaración, los gobiernos no pueden trasladarse o desaparecer. Y muchos gobiernos del mundo en vías de desarrollo, hasta entonces escasos de fondos, tenían la suficiente avidez como para endeudarse. Sin embargo, para poder llegar a esto, se precisaba una entrada

abierta y condiciones razonablemente seguras para los préstamos. Los bancos de inversión de Nueva York giraron la mirada hacia la tradición imperial estadounidense tanto para acceder coactivamente a nuevas oportunidades de inversión, como para proteger sus operaciones en el extranjero.

La tradición imperial estadounidense había experimentado una lenta elaboración, y en buena medida se había definido a sí misma en oposición a las tradiciones imperiales británicas, francesas, holandesas así como de otras potencias europeas^[31]. Aunque Estados Unidos había jugueteado con la conquista colonial a finales del siglo XIX, había evolucionado hacia un sistema más abierto de imperialismo sin colonias durante el siglo XX. El caso paradigmático se ensayó en Nicaragua en las décadas de 1920 y 1930, cuando los marines estadounidenses fueron desplegados para proteger los intereses de su país, pero se encontraron embrollados en una lenta y complicada guerra de guerrillas contra la insurgencia liderada por Sandino. La respuesta era encontrar un hombre fuerte —en este caso Somoza— y proporcionarle tanto a él como a su familia y a sus aliados inmediatos, la asistencia económica y militar necesaria para poder reprimir o sobornar a la oposición y para acumular suficiente riqueza y poder para ellos mismos. A cambio, siempre mantendrían su país abierto a las operaciones del capital estadounidense y apoyarían, y de ser necesario promoverían, los intereses estadounidenses tanto en el país como en la región en su conjunto (en el caso nicaragüense, en América Central). Éste fue el modelo desplegado después de la Segunda Guerra Mundial durante la etapa de descolonización total impuesta a las potencias europeas ante la insistencia de Estados Unidos. Por ejemplo, la CIA urdió el golpe que derrocó al gobierno democráticamente elegido de Mosaddeq en Irán en 1953 y entregó el poder al *Sha* de Irán quien concedió los contratos sobre el petróleo a las compañías estadounidenses (y no devolvió los activos a las compañías británicas que Mossadeq había nacionalizado). El *Sha* también se convirtió en uno de los guardianes fundamentales de los intereses estadounidenses en la región petrolífera de Oriente Próximo.

En el periodo posbélico, gran parte del mundo no comunista se abrió al dominio estadounidense mediante tácticas de este tipo. Éste se convirtió en el método preferido para repeler la amenaza de las insurgencias y de la revolución comunista, que implicaba desplegar una estrategia antidemocrática (e incluso más enérgicamente antipopulista y antisocialista/comunista) por parte de Estados Unidos, que estrechó cada vez más su alianza con las dictaduras militares y con los regímenes autoritarios represivos (de manera más espectacular, desde luego, por toda América Latina). Las historias que aparecen contadas en *Confessions of an Economic Hit Man*^[32] están sembradas de los detalles desagradables y repulsivos de cómo se llevó a cabo todo esto en demasiadas ocasiones. Por lo tanto, los intereses estadounidenses se tornaron más vulnerables, en lugar de menos, en la lucha contra el comunismo internacional. Aunque el consentimiento de las elites dominantes era bastante fácil de conseguir, la necesidad de coaccionar a los movimientos opositores o socialdemócratas (como el

de Allende en Chile) ligó a Estados Unidos a una dilatada historia de violencia ampliamente encubierta contra los movimientos populares a lo largo y ancho de gran parte del mundo en vías de desarrollo.

Éste fue el contexto en el que los fondos excedentes que estaban siendo reciclados a través de los bancos de inversión de Nueva York, fueron esparcidos por todo el globo. Con anterioridad a 1973, la mayor parte de la inversión extranjera de Estados Unidos era de tipo directo y principalmente se encontraba relacionada con la explotación de recursos naturales (petróleo, minerales, materias primas, productos agrícolas) o con el cultivo de mercados específicos (telecomunicaciones, automóviles, etc.) en Europa y en América Latina. Los bancos de inversión de Nueva York siempre habían mantenido un elevado nivel de actividad en el plano internacional, pero después de 1973 esta actividad se intensificó notablemente, aunque ahora estaba mucho más centrada en el préstamo de capital a gobiernos extranjeros^[33]. Esto precisaba la liberalización del crédito internacional y de los mercados financieros, y el gobierno estadounidense comenzó a promover y a apoyar activamente esta estrategia a escala global durante la década de 1970. Los países en vías de desarrollo, sedientos de financiación, fueron estimulados a solicitar créditos en abundancia, aunque a tipos que fueran ventajosos para los bancos de Nueva York^[34]. Sin embargo, dado que los créditos estaban fijados en dólares estadounidenses, cualquier ascenso moderado, no digamos precipitado, del tipo de interés estadounidense, podía fácilmente conducir a una situación de impago a los países vulnerables. Los bancos de inversión de Nueva York se verían entonces expuestos a sufrir graves pérdidas. El primer precedente de envergadura se produjo al calor del *shock* de Volcker, que llevó a México al impago de su deuda entre los años 1982 y 1984. La Administración de Reagan, que había sopesado seriamente retirar su apoyo al FMI en su primer año de mandato, encontró en la refinanciación de la deuda una forma de unir el poder del Departamento del Tesoro estadounidense y del FMI para resolver la dificultad, dado que tal operación se efectuaba a cambio de exigir la aplicación de reformas neoliberales. Esta fórmula se convirtió en un protocolo de compartimiento después de que tuviera lugar lo que Stiglitz denominó la «purga» de todas las influencias keynesianas que pudieran existir en el FMI en 1982. El FMI y el Banco Mundial se convirtieron a partir de entonces, en centros para la propagación y la ejecución del «fundamentalismo del libre mercado» y de la ortodoxia neoliberal. A cambio de la reprogramación de la deuda, a los países endeudados se les exigía implementar reformas institucionales, como recortar el gasto social, crear legislaciones más flexibles del mercado de trabajo y optar por la privatización. Y he aquí la invención de los «ajustes estructurales». México fue uno de los primeros Estados que cayó en las redes de lo que iba convertirse en una creciente columna de aparatos estatales neoliberales repartidos por todo el mundo^[35].

No obstante, el caso de México sirvió para demostrar una diferencia crucial entre la práctica liberal y la neoliberal, ya que bajo la primera, los prestamistas asumen las

pérdidas que se derivan de decisiones de inversión equivocadas mientras que, en la segunda, los prestatarios son obligados por poderes internacionales y por potencias estatales a asumir el coste del reembolso de la deuda sin importar las consecuencias que esto pueda tener para el sustento y el bienestar de la población local. Si esto exige la entrega de activos a precio de saldo a compañías extranjeras, que así sea. Esto, en verdad, no es coherente con la teoría neoliberal. Tal y como muestran Duménil y Lévy, uno de los efectos de esta medida fue permitir a los propietarios de capital estadounidenses extraer elevadas tasas de beneficio del resto del mundo durante la década de 1980 y 1990. (Ver Figura^[1.8] *Extracción de excedentes del exterior* y Figura^[1.9] *Flujo de tributos hacia Estados Unidos*)^[36]. Los excedentes extraídos del resto del mundo a través de los flujos internacionales y de las prácticas de ajuste estructural contribuyeron enormemente a la restauración del poder de la elite económica o de las clases altas, tanto en Estados Unidos como en otros centros de los países del capitalismo avanzado.

El significado del poder de clase

¿Pero a qué nos estamos refiriendo exactamente con el término «clase»? Se trata siempre de un concepto algo impreciso (algunos dirían que sospechoso incluso). En todo caso, la neoliberalización ha implicado su redefinición. Esto plantea un problema. Si la neoliberalización ha sido un vehículo para la restauración del poder de clase, entonces, deberíamos ser capaces de identificar las fuerzas de clase que yacen detrás de la misma y las que se han beneficiado de ella. Pero esto es difícil de hacer cuando «la clase» no es una configuración social estable. En algunos casos, las capas «tradicionales» se las han arreglado para aferrarse a una base de poder sólida (a menudo organizada a través de la familia y el parentesco). Pero, en otras ocasiones, la neoliberalización ha venido acompañada de una reconfiguración de lo que constituye la clase alta. Margaret Thatcher, por ejemplo, atacó algunas de las formas de poder de clase arraigadas en Gran Bretaña. Ella desobedeció a la tradición aristocrática que dominaba el ejército, la judicatura y la elite financiera de la City de Londres y de muchos sectores de la industria y se alineó con los empresarios pomposos y con los nuevos ricos. Apoyó, y por regla general recibió el apoyo, de esta nueva clase de empresarios (como Richard Branson, Lord Hanson y George Soros). El ala tradicional de su propio partido conservador estaba horrorizada. En Estados Unidos, a su vez, el poder y la relevancia crecientes de los financieros y de los altos directivos de las grandes corporaciones, así como el gran estallido de actividad en sectores completamente nuevos (como la informática) cambió el centro del poder económico de la clase alta de manera significativa. Aunque la neoliberalización pueda haberse referido a la restauración del poder de clase, no necesariamente ha significado la restauración del poder económico a las mismas personas.

Sin embargo, tal y como ilustran los casos opuestos de Estados Unidos y de Gran Bretaña, el término «clase» significa cosas distintas en lugares distintos y, en ciertas

ocasiones —por ejemplo, en Estados Unidos—, a menudo se afirma que no significa nada en absoluto. Por añadidura, ha habido fuertes corrientes de diferenciación en términos de formación y reformación de la identidad de clase en diversas partes del mundo. En Indonesia, en Malasia, y en Filipinas, por ejemplo, el poder económico llegó a estar fuertemente concentrado en un reducido grupo perteneciente a la minoría étnica china del país, y el modo en que se produjo la adquisición de ese poder económico fue bastante distinto a cómo se produjo en Australia o en Estados Unidos (estaba sumamente centrada en actividades comerciales y comportó un acaparamiento de los mercados^[37]). Y el ascenso de los siete oligarcas en Rusia, derivaba de la configuración absolutamente única de las circunstancias concurrentes en el período posterior a la caída de la Unión Soviética.

No obstante, es posible identificar algunas tendencias generales. La primera se refiere a los privilegios derivados de la propiedad y la gestión de las empresas capitalistas —tradicionalmente separadas— para fusionarse mediante el pago a los altos directivos (gestores) con *stock options*, esto es, con derechos de compra sobre acciones de la compañía (títulos de propiedad). De este modo, el valor de las acciones y no el de la producción, se convierte en la luz trazadora de la actividad económica y, tal y como se hizo visible con la caída de compañías como Enron, las tentaciones especuladoras que resultan de esto pueden convertirse en demolidoras. La segunda tendencia ha sido reducir de manera drástica la laguna histórica entre los intereses y los dividendos generadores de capital monetario, por un lado, y la producción, la industria o el capital mercantil dependiente de la producción de beneficios, por otro. En el pasado, esta separación ha producido varias veces conflictos entre los financieros, los productores y los comerciantes. Por ejemplo, en Gran Bretaña, la política del gobierno en la década de 1960 estaba en primer lugar al servicio de las necesidades de los financieros de la City de Londres, a menudo en detrimento de la industria doméstica, en Estados Unidos durante la misma década, los conflictos entre los financieros y las corporaciones industriales afloraron con frecuencia a la superficie. A lo largo de la década de 1970 gran parte de este conflicto o bien desapareció o bien adoptó nuevas formas. Las grandes corporaciones cobraron una orientación cada vez más financiera aunque, tal y como ocurrió en el sector automovilístico, estuvieran insertas en la producción. Desde 1980 aproximadamente, ha sido habitual que las corporaciones dieran cuenta de pérdidas en la producción compensadas mediante las ganancias obtenidas mediante operaciones financieras (de todo tipo, desde operaciones de crédito y de seguro hasta la especulación en mercados de futuros y de divisas inestables). Las fusiones realizadas a través de los diversos sectores de la economía unificaron la producción, la comercialización, los activos inmobiliarios, y los intereses financieros en formas nuevas que originaron conglomerados empresariales diversificados. Cuando US Steel cambió su nombre a USX (adquiriendo una fuerte participación en el sector de los seguros) el presidente de su consejo de administración, James Roderick, contestó a la pregunta «¿Qué significa

la X?», con la sencilla respuesta de que «X representa dinero^[38]». Todo esto estaba conectado con el fuerte estallido de actividad y de poder dentro del mundo de las finanzas. Progresivamente liberada de los estreñimientos y de las barreras normativas que hasta entonces habían restringido su campo de actuación, la actividad financiera pudo florecer como nunca antes y, finalmente, en todas partes. Se produjo una ola de innovaciones en los servicios financieros para producir no sólo interconexiones globales mucho más sofisticadas, sino también nuevas formas de mercados financieros basados en la titularización, instrumentos financieros derivados y en toda una gran variedad de operaciones comerciales con futuro. En definitiva, la neoliberalización ha significado la financiarización de todo. Esto intensificó el dominio de las finanzas sobre todas las restantes facetas de la economía, así como sobre el aparato estatal y, tal y como observa Randy Martin, sobre la vida cotidiana^[39]. También introdujo una volatilidad acelerada en las relaciones de intercambio global. Indudablemente, se produjo un desplazamiento del poder desde la producción hacia el mundo de las finanzas. Los incrementos en la capacidad industrial ya no significan necesariamente un ascenso de la renta per cápita, como sí lo significaba la concentración de los servicios financieros. Por esta razón, el apoyo de las instituciones financieras y la integridad del sistema financiero, se convirtieron en la preocupación primordial del conjunto de Estados neoliberales (como se ejemplifica en el grupo en el que se integran los países más ricos del mundo, conocido como el G7^[40]). En caso de conflicto entre Main Street y Wall Street, la segunda tendría todas las de ganar^[41]. Así pues surge la posibilidad real de que a Wall Street le vaya bien, aunque al resto de Estados Unidos (así como el resto del mundo) le vaya mal.

Y durante muchos años, en particular durante la década de 1990, esto es exactamente lo que sucedió. Si el eslogan coreado con frecuencia durante la década de 1960 había sido «*lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos*», en la de 1990 éste se había transformado en que «*lo único que importa es que sea bueno para Wall Street*».

Por lo tanto, un notable foco del ascenso del poder de clase bajo el neoliberalismo, debe atribuirse a los altos directivos que son los operadores decisivos en los consejos de administración de las empresas, y a los jefes del aparato financiero, legal y técnico que rodea este santuario de acceso restringido de la actividad capitalista^[42]. Sin embargo, el poder de los auténticos dueños del capital, los accionistas, se ha visto en cierto modo menguado, salvo que obtengan un porcentaje de votos suficientemente alto como para influir en la política de la empresa. En más de una ocasión, los accionistas han perdido inmensas sumas de dinero a causa de estafas cometidas por los altos directivos y sus asesores financieros. Las ganancias especulativas también han hecho posible amasar enormes fortunas en periodos muy breves de tiempo (ejemplo de ello son Warren Buffet y George Soros).

Pero sería equivocado reducir el concepto de clase alta a este grupo únicamente.

La apertura de nuevas oportunidades empresariales, así como también las nuevas estructuras existentes en las relaciones comerciales, han permitido la emergencia de procesos sustancialmente nuevos de formación de clase. Se amasaron fortunas de la noche a la mañana en sectores nuevos de la economía, como la biotecnología y las tecnologías de la información (por ejemplo, Bill Gates y Paul Allen). Las nuevas relaciones de mercado abrieron un sinfín de posibilidades de comprar barato y vender caro, cuando no de acaparar realmente mercados de forma que pudieron levantarse fortunas que o bien pueden extenderse de manera horizontal (como en el caso del crecimiento desbordante del imperio mediático global de Rupert Murdoch) o encontrarse diversificadas en todo tipo de negocios, extendiéndose hacia atrás en la extracción de recursos y en la producción, y hacia delante desde una base comercial hacia los servicios financieros, el desarrollo de bienes raíces y el comercio minorista. En este sentido, con frecuencia ocurría que una relación privilegiada con el poder estatal también jugaba un papel crucial. Por ejemplo, en Indonesia los dos hombres de negocios más cercanos a Suharto nutrieron los intereses financieros de la familia Suharto, pero también engordaron sus conexiones con el aparato estatal para hacerse enormemente ricos. En 1997, la compañía de uno de ellos denominada Grupo Salim, era «al parecer el mayor grupo de empresas propiedad de la diáspora china del mundo, con 20 000 millones de dólares en activos y cerca de 500 compañías». A partir de una compañía de inversiones relativamente pequeña, Carlos Slim acabó asumiendo el control del sistema de telecomunicaciones que acababa de ser privatizado en México y rápidamente lo transformó en un imperio empresarial que no sólo controla una buena parte de la economía mexicana, sino que también cuenta con crecientes intereses en el mercado minorista estadounidense (Circuit City y Barnes and Noble) así como en toda América Latina^[43]. En Estados Unidos, la familia Walton se ha hecho inmensamente rica al hilo de la conquista por Wal-Mart de la posición dominante en el mercado minorista estadounidense, gracias a su integración en las líneas de producción chinas y a su red de distribución al por menor de alcance mundial. Aunque existen conexiones evidentes entre este tipo de actividades y el mundo financiero, su increíble capacidad no sólo para amasar grandes fortunas personales sino también para ejercer un control efectivo sobre amplios segmentos de la economía, confiere a este puñado de individuos un inmenso poder económico para influir en el proceso político. Hay algo prodigioso en el hecho de que el valor neto de las fortunas de las 358 personas más ricas del mundo en 1996, fuera «igual al conjunto de la renta del 45% más pobre de la población mundial; es decir, de 2300 millones de personas». Y lo que es más grave, «las 200 personas más ricas del mundo duplicaron sobradamente su patrimonio neto entre 1994 y 1998, superando el billón de dólares. Los activos de los tres multimillonarios más ricos (superaban por entonces) la suma del PIB de los países menos desarrollados y de sus 600 millones de habitantes^[44]»

Sin embargo, existe todavía otro enigma al que debemos prestar atención en el

proceso de reconfiguración radical de las relaciones de clase. Surge el interrogante, y ha sido objeto de un amplio debate, de si esta nueva configuración de clase debe ser considerada transnacional o bien si todavía puede ser concebida como algo basado exclusivamente dentro de los parámetros del Estado-nación^[45]. Expondré mi propia posición al respecto. La tesis de que la clase dominante de cualquier país ha confinado sus operaciones y definido sus lealtades con relación a un único Estado-nación, ha sido en gran medida históricamente exagerada. Nunca tuvo mucho sentido hablar de una clase capitalista específicamente estadounidense frente a una clase capitalista británica, francesa, alemana o coreana. Los lazos internacionales siempre fueron importantes, particularmente a través de las actividades coloniales y neocoloniales, pero también a través de vínculos transnacionales que se remontan al siglo XIX, si no antes. Pero indudablemente ha habido una intensificación así como también una extensión de estas conexiones transnacionales durante la fase de globalización neoliberal, y resulta vital reconocer esta múltiple conectividad. No obstante, esto no significa que los individuos más destacados de esta clase no se adscriban a aparatos estatales específicos tanto por las ventajas como por la protección que esto les otorga. Dónde se adscriben específicamente es importante, pero ello no es más estable que la actividad capitalista que desarrollan. Rupert Murdoch pudo empezar en Australia para después concentrarse en Gran Bretaña antes de asumir finalmente la ciudadanía estadounidense (sin duda, mediante un procedimiento abreviado). Él no está fuera, ni por encima, de poderes estatales concretos, pero por la misma razón, gracias a sus intereses mediáticos, ejerce una considerable influencia en la vida política tanto de Gran Bretaña como de Estados Unidos y de Australia. Los 247 editores supuestamente independientes de los periódicos que posee por todo el mundo apoyaron, sin excepción, la invasión de Iraq. No obstante, por cuestiones prácticas, todavía tiene sentido hablar de los intereses de la clase capitalista estadounidense, británica o coreana, ya que los intereses corporativos como los de Murdoch, los de Carlos Slim o el grupo Salim, simultáneamente se alimentan de, y nutren, a aparatos estatales concretos. Sin embargo, cada uno puede, y así ocurre de manera característica, ejercer poder de clase en más de un Estado de manera simultánea.

Aunque este grupo dispar de individuos insertos en el mundo de las corporaciones y en el mundo financiero, comercial e inmobiliario, no necesariamente conspira en tanto que clase, y aunque pueda haber frecuentes tensiones entre los mismos, poseen, no obstante, una cierta acomodación de intereses que por regla general reconoce las ventajas (y actualmente algunos de los peligros) que pueden derivarse de la neoliberalización. Igualmente poseen a través de organización como el Foro Económico de Davos, medios para el intercambio de ideas y para tratar y asesorar a los líderes políticos. Ellos ejercen una inmensa influencia en los asuntos globales y poseen una libertad de acción que ningún ciudadano ordinario tiene.

Perspectivas de la libertad

Esta historia de la neoliberalización y de la formación de la clase, así como la creciente aceptación de las ideas de la Mont Pelerin Society como las ideas dominantes de la época, resultan especialmente interesantes cuando se colocan al trasluz de los contraargumentos expuestos por Karl Polanyi en 1944 (poco antes de la fundación de la Mont Pelerin Society). En una sociedad compleja, observó, el significado de la libertad se convierte en algo tan contradictorio y tan tenso como irresistible son sus incitaciones a la acción. En su opinión, hay dos tipos de libertad, una buena y otra mala. En este segundo grupo se incluían «la libertad para explotar a los iguales, la libertad para obtener ganancias desmesuradas sin prestar un servicio conmensurable a la comunidad, la libertad de impedir que las innovaciones tecnológicas sean utilizadas con una finalidad pública, o la libertad para beneficiarse de calamidades públicas tramadas secretamente para obtener una ventaja privada». Sin embargo, proseguía Polanyi, «la economía de mercado, bajo la que crecen estas libertades, también produce libertades de las que nos enorgullecemos ampliamente. La libertad de conciencia, la libertad de expresión, la libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad para elegir el propio trabajo». Aunque puede que «apreciemos el valor de estas libertades por sí mismas» —y, sin duda, muchos de nosotros todavía lo hacemos—, eran en buena medida «subproductos del mismo sistema económico que también era responsable de las libertades perversas^[46]». La respuesta de Polanyi a esta dualidad resulta extraña de leer dada la actual hegemonía del pensamiento neoliberal:

La quiebra de la economía de mercado puede suponer el comienzo de una era de libertades sin precedentes. La libertad jurídica y la libertad efectiva pueden ser mayores y más amplias de lo que nunca han sido. Reglamentar y dirigir puede convertirse en una forma de lograr la libertad, no sólo para algunos sino para todos.

No la libertad como algo asociado al privilegio y viciada de raíz, sino la libertad en tanto que derecho prescriptivo que se extiende más allá de los estrechos límites de la esfera política, a la organización íntima de la sociedad misma. De este modo, a las antiguas libertades y los antiguos derechos cívicos se añadirán nuevas libertades para todos y engendradas por el ocio y la seguridad social. La sociedad industrial puede permitirse ser a la vez libre y justa.

Desgraciadamente, indicaba Polanyi, la transición a tal futuro se encuentra bloqueado por el «obstáculo moral» del utopismo liberal (y en más de una ocasión cita a Hayek como ejemplo de esta tradición):

La planificación y el dirigismo son acusados de constituir la negación de la libertad.

La libre empresa y la propiedad privada son declaradas partes esenciales de la libertad, y se dice que una sociedad no constituida sobre estos pilares no merece el nombre de libre. La libertad creada por la reglamentación es denunciada como una no libertad. La justicia, la libertad y el bienestar que esta reglamentación ofrece, son criticadas como un disfraz de la esclavitud.

La idea de libertad «degenera, pues, en una mera defensa de la libertad de empresa» que significa «la plena libertad para aquéllos cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse y apenas una miseria de libertad para el pueblo, que en vano

puede intentar hacer uso de sus derechos democráticos para resguardarse del poder de los dueños de la propiedad». Pero si, tal y como siempre es el caso, «no es posible sociedad alguna en la que el poder y la compulsión estén ausentes, ni un mundo en el que la fuerza no desempeñe ninguna función», entonces, la única forma de que esta visión liberal utópica pueda sostenerse es mediante la fuerza, la violencia y el autoritarismo. El utopismo liberal o neoliberal está avocado, en opinión de Polanyi, a verse frustrado por el autoritarismo, o incluso por el fascismo absoluto^[47]. Las buenas libertades desaparecen, las malas toman el poder.

El diagnóstico de Polanyi parece peculiarmente apropiado para nuestra condición contemporánea. Nos ayuda a avanzar un buen trecho en la comprensión de lo que el presidente Bush quiere decir cuando afirma que «en tanto que somos la mayor potencia sobre la tierra, nosotros^[48] tenemos la obligación de contribuir a expandir la libertad». Sirve para explicar por qué el neoliberalismo se ha tornado tan autoritario, enérgico y antidemocrático, en el preciso momento en que «la humanidad sostiene en sus manos la oportunidad de ofrecer el triunfo de la libertad sobre todos sus enemigos seculares^[49]». Nos hace concentrarnos en el hecho de que tantas corporaciones se hayan beneficiado de retener los beneficios que brindan sus tecnologías a la esfera pública (como en el caso de los medicamentos del SIDA), así como también de las calamidades de la guerra (como en el caso de Halliburton), del hambre y del desastre medioambiental. Hace aflorar la preocupación acerca de si muchas de estas calamidades o casi calamidades (la carrera armamentística y la necesidad de enfrentarse a enemigos tanto reales como imaginarios) no han sido secretamente urdidas con la finalidad de obtener ventajas empresariales. Y se torna extremadamente claro por qué los ricos y los poderosos apoyan tan ávidamente ciertas concepciones de los derechos y de las libertades mientras tratan de persuadirnos de su universalidad y de su bondad. Después de todo, treinta años de libertades neoliberales no sólo han servido para restaurar el poder a una clase capitalista definida en términos reducidos. También han generado inmensas concentraciones de poder corporativo en el campo de la energía, los medios de comunicación, la industria farmacéutica, el transporte e incluso la venta al por menor (por ejemplo, Wal-Mart). La libertad de mercado que Bush proclama como el clímax de la aspiración humana, resulta que no es más que un medio conveniente para extender el poder monopolista corporativo y la Coca Cola por todo el mundo sin restricciones. Esta clase (con Rupert Murdoch y Fox News a la cabeza), que cuenta con una desorbitada influencia sobre los medios de comunicación y sobre el proceso político, tiene poder e incentivos suficientes para convencernos de que todos estamos mejor bajo el régimen de libertades neoliberal. Efectivamente, a la elite que vive confortablemente en sus guetos dorados, el mundo le debe parecer un lugar mejor. Tal y como Polanyi podría haber observado, el neoliberalismo confiere derechos y libertades a aquellos «cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse», dejando una miseria para el resto de nosotros. ¿Cómo es, entonces, que «el resto de nosotros»

hemos aceptado con tanta facilidad este estado de cosas?